

# Nacionalismo y Estado a fines del siglo XX<sup>1</sup>

JULIO ARÓSTEGUI

Los hombres todos pueden clasificarse en tres grupos: aquellos que siempre han anhelado sentirse de todas partes, ser del mundo; estos son los cosmopolitas. Aquellos otros que nunca han sentido la necesidad de ser de parte alguna; estos son los localistas, carecen de cualquier ciudadanía. Y, en fin, unos terceros que nunca han deseado más que ser de una única parte. Estos son los nacionalistas.

Anónimo popular

El problema de los Estados y la Naciones, en este final del siglo, se ha convertido en uno de los que más acucian al pensamiento y los comportamientos de las gentes y de los gobernantes tanto a escala internacional como en el seno de países y regiones de muchas zonas del mundo. Algo que hubiera parecido impensable e insólito en un ámbito de vieja civilización política como la Europa occidental, ha pasado a ser una dimensión de amplitud notable e incluso creciente una vez doblada la mitad del siglo XX. Los nuevos nacionalismos justifican sobradamente el intento de construir una lección de Historia y, aún más, un análisis histórico del presente. Estados y Naciones, por otra parte, son realidades enteramente simétricas, correlativas y recíprocas. Hoy día no podemos concebir una de ellas sin referencia a la otra. El nacionalismo está ahí y un análisis medianamente riguroso de su naturaleza no puede partir sino del hecho de su manifestación contundente, tal como se presenta a la observación, por más perpleja que esta pueda sentirse a veces.

Nuestra única preocupación real en este estudio, que pueda servir de marco, de referente y de control intelectual en nuestro tratamiento del asunto, no ha de ser sino la del respeto constante a las opiniones de muchas gentes, pero ello no nos impedirá en ningún caso suscribir plenamente aquellas palabras rabiosamente lúcidas —si se nos permite la expresión— de Eric Hobsbawm cuando ha dicho que: “ningún historiador serio de las naciones y del nacionalismo puede ser un nacionalista político comprometido, excepto en el mismo sentido en que los que creen en la veracidad

<sup>1</sup> El texto que sigue reproduce en sus líneas fundamentales el contenido de la Lección Inaugural del Curso Académico 1994-1995 que tuve el honor de dictar en el Centro Asociado de la UNED de Zamora, el día 13 de noviembre de 1994. Tal contenido ha sido revisado, ampliado y adaptado a la forma normal de artículo con que aquí se presenta. En todo caso, he preferido no cargar el texto originario con un denso aparato crítico.

literal de las Sagradas Escrituras, al mismo tiempo que son incapaces de aportar algo a la teoría evolucionista, no por ello han de dejar de aportar algo a la arqueología o la filología semítica”<sup>2</sup>. Podríamos hacer una larga exégesis de estas sagaces y contrastadas reflexiones, pero seguramente no hay mejor exégesis de ellas que la de demostrar que podemos abordar este tema difícil con sosiego, seriedad y método.

En los años centrales de nuestro siglo nadie habría podido vaticinar ni imaginar que el nacionalismo era y sería un asunto capaz de la vitalidad que ha mostrado tener veinticinco años después. En torno a los años cincuenta, vencido por las armas el fascismo y el nacionalismo visceral de los fascistas, Europa, con nuevos proyectos inmediatos de integración supranacional, iniciaba un camino de recuperación económica, que ha llevado, como sabemos, a las más altas cotas de desarrollo económico conocidas nunca. Nadie habría pensado que el nacionalismo era otra cosa que un movimiento propio sobre todo del siglo XIX, aquella época de la que Walter Bagehot, un representante típico de la historiografía liberal anglosajona, había dicho que era la de la *construcción de las naciones*.

A mediados del siglo XX el pensamiento europeo descansaba, sin duda, en la afianzada idea de que las naciones estaban ya construidas y de que igualmente se encontraba así el mapa de las Naciones-Estado. La verdad era que el problema internacional propio de la época parecía ser el del surgimiento de las nuevas fuerzas políticas propiciadas por la descolonización que, evidentemente, algo tenían que ver con los elementos del nacionalismo, pero que eran vistas como la prolongación, en otro orden de cosas, que procesos que el mundo desarrollado había vivido mucho antes. En definitiva, a mediados del siglo XX lo que se creía estar viviendo era la época de la *supranacionalidad*.

Sin embargo, la pujanza de los nacionalismos es algo que no puede negársele a los nacionalistas, aún cuando en ciertos aspectos, como veremos después, y según se puede constatar también en algunas sagaces observaciones de Hobsbawn, con las que terminaremos, esta pujanza pueda dar lugar a espejismos engañosos ¿Qué ha ocurrido para que nos encontremos en un mundo marcado por la presencia del *neo-nacionalismo*? Esta es una de las cuestiones, si no la cuestión central, que quiero discutir aquí y que pretendo clarificar en la medida en que mis conocimientos y mis recursos argumentales sean capaces de ello.

Sin duda, las visiones, los juicios, las valoraciones de este nacionalismo nuevo son en extremos dispares. La complejidad y, muchas veces, la visceralidad del tema, hacen que su estudio no pueda ser nunca, o casi nunca, el objeto de un sosegado debate o un campo de reflexiones académicas. Lo que sí podemos en principio destacar es algo que las palabras de Eric Hobsbawn que antes he transcrito dejan ya intuir. En el mundo de la ciencia social más solvente de hoy, trátese de la Politología, la Sociología, la Antropología o la Historiografía, existen muy pocas posiciones netamente alabatorias, pocas posiciones positivamente valorativas, de estos neonacionalismos de fines del siglo XX.

<sup>2</sup> E. H. HOBSBAWN: *Naciones y Nacionalismo desde 1870*. Barcelona, Crítica, 1991, p. 20.

¿Quiere esto decir en alguna manera algo tan impensable como que las ciencias sociales condenen el nacionalismo? Una afirmación así sería un despropósito. Un análisis que pueda reclamarse de científico estará siempre muy lejos ni de aprobar ni de condenar ningún fenómeno real. Como fenómeno histórico real, al nacionalismo no puede negársele no ya la racionalidad, sino la “oportunidad” que todo acontecimiento histórico conlleva por el hecho mismo de producirse. Lo que quiero decir exactamente es que basta leer una limitada cantidad de literatura científica sería sobre los nacionalismos para observar el tono escéptico de los autores, el abundamiento generalizado en el juicio de que este nacionalismo representa en algún modo el producto de tendencias del mundo de hoy que reflejan *fracasos, bloqueos, insatisfacciones*, de muchas gentes o grupos, de etnias o de regiones. Y en este sentido aparecen como síntomas de males de nuestra época. Intentaré volver también después sobre ello.

### CONCEPTUALIZAR EL NACIONALISMO

En la literatura sobre nacionalismo hay que distinguir con cuidado entre los “escritos nacionalistas” y los “escritos sobre nacionalismo”. Hasta ahora siempre han sido muchos más los primeros que los segundos. En los años setenta, sin que sepamos muy bien por qué, ha dicho también Hobsbawn, la literatura sobre el nacionalismo alcanzó una fase tan fructífera que todas las concepciones sobre ello manejadas a fines del siglo XX proceden ya mucho más de lo que se ha pensado y escrito desde hace ahora algo más de veinte años que de la clásica literatura del nacionalismo romántico o revolucionario de comienzos de la Edad Contemporánea.

Imposible detenernos aquí en el análisis prolijo de la génesis, desarrollo y avatares históricos de la idea misma de Nación. Es sabido que la literatura de referencia circula desde los clásicos de los orígenes contemporáneos del fenómeno, los Herder y Fichte, los Renan y D’Azeglio, pasando por los abundantes textos nacionalistas producidos en el primer tercio de nuestro siglo —especialmente en el periodo de entreguerras—, tanto al calor del fascismo como del austromarxismo, hasta los modernos tratadistas que empiezan en Kohn, Smith, Kedourie, Anderson, Hroch, Gellner, Hobsbawn, donde no faltan tampoco ejemplos de tratadistas españoles del fenómeno global, como Andrés de Blas, Gurutz Jáuregui, Borja de Riquer, etc. Y ello por no hablar de múltiples obras específicas dedicadas a los distintos nacionalismos españoles<sup>3</sup>. Tanto Hobsbawn como Pierre Vilar han llamado

<sup>3</sup> Puede verse una interesante recopilación de textos recientes de muy diversa orientación sobre nacionalismo en Europa en J. G. BERAMENDI, R. MÁIZ y X. M. NÚÑEZ (eds.): *Nacionalism in Europe. Past and present*. Universidade de Santiago de Compostela, 1994, 2 vols., donde se recogen las contribuciones al Congreso Internacional sobre Nacionalismo celebrado en esa ciudad y Universidad en septiembre de 1993. Es una publicación en extremo completa.

la atención sobre el desarrollo extraordinario de la bibliografía acerca del nacionalismo que se produjo en los años sesenta, y de manera general en los últimos veinte años anteriores a 1990. No hay una explicación enteramente satisfactoria y comprensiva del porqué de tal auge.

Sin duda, el pensamiento neonacionalista arrastra una impronta indudable de sus orígenes decimonónicos y aún anteriores. La cuestión de la *Nación* ha de ser, como cabe suponer, el centro de nuestra reflexión. Ni que decir tiene que una exploración mínimamente comprensiva del significado de la realidad nacional en la Historia reciente es igualmente imposible de hacer en las condiciones de espacio y oportunidad en que aquí nos desenvolvemos. Pero algo hay que decir sobre ello si queremos ir luego derechamente al corazón de nuestro problema.

Así cabría destacar, de entrada, la utilidad de la excelente obra de Gellner sobre el nacionalismo<sup>4</sup> que tiene entre sus cualidades la de su extraordinario sentido desmitificador. La Nación, dirá Gellner, es cualquier cosa menos una realidad natural, como el capitalismo o la expansión de los gases. Como ya había visto Bagehot, la Nación es una construcción del pensamiento occidental, relativamente reciente, ligada a un tipo de desarrollo y de civilización: un concepto puramente histórico. Lo que no oculta, desde luego, que la Historia de la Humanidad en los últimos doscientos años haya estado ligada a una u otra manera, en negativo o positivo, con el hecho de la nacionalidad.

La idea contemporánea de Nación tiene dos fuentes según la generalidad de los tratadistas: el nacionalismo *romántico* y el nacionalismo *revolucionario*. O, cabe decir también, el nacionalismo germánico y el liberal. En los complejos orígenes de esa idea se encuentran tanto Fichte y Herder, como los Ilustrados y revolucionarios franceses o Kant y el principio autodeterminativo. Las nuevas sociedades burguesas capitalistas han nacido ligadas a la cuestión de la nación. La relación entre burguesía industrial y Nación-Estado es una de las evidencias más sólidas con que contamos en nuestra visión de la contemporaneidad occidental, en la que siempre los textos doctrinales coinciden con los hechos<sup>5</sup>.

En cualquier caso, la definición de la "nacionalidad" es una cuestión bien difícil. La definición sintomática y pragmática del nacionalismo que propone Gellner ha hecho cierta escuela: "Fundamentalmente, el nacionalismo es un principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política"<sup>6</sup>. Semejante definición deja la impresión de que es aún insuficiente, de que el nacionalismo es mucho más que eso. Pero al mismo tiempo resta el convencimiento de la pragmática sagacidad y simplicidad de esa apreciación, susceptible, como todas las grandes ideas, de múltiples desarrollos. Eric Hobsbawm —manteniéndonos siempre en el nivel de textos y autores muy conocidos— dice, a su vez, que el problema de esta definición de Gellner es que sólo atiende a la perspectiva

<sup>4</sup> E. GELLNER: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

<sup>5</sup> Como ha señalado sagazmente P. VILAR: "Sobre los fundamentos de las estructuras nacionales", *Historia* 16, Extra V, abril, 1978.

<sup>6</sup> E. GELLNER: *op. cit.*, p. 13. Son las primeras palabras de este interesante libro.

“desde arriba”, desde las propias ideas de los grupos nacionalistas, de las clases que han impulsado históricamente el nacionalismo. Hoy, en una perspectiva histórica que creemos suficiente, hablamos de la “construcción de las naciones”. Hobsbawn enfoca también la cuestión de los grupos sociales que son captados por el nacionalismo. Y, desde luego, los últimos en serlo son los grupos populares y las clases bajas. Hobsbawn parece creer que el nacionalismo puede llegar a convertirse en un fenómeno de masas.

Un problema específico se plantea con la apreciación expuesta por algunos de que el nacionalismo es un movimiento social interclasista. Desde nuestra propia posición no creemos en ese “interclasismo”, ni en el nacionalismo ni en ningún otro tipo de movimiento social, incluidos aquellos que parecen reivindicar fundamentales derechos y dimensiones de la persona humana: el antirracismo o el feminismo, por ejemplo. Siempre hay visibles determinaciones de clase en estos movimientos, lo que no quiere decir que a ellos no puedan sumarse, en efecto, clases o, mejor, ciertas fracciones de clases, que fueron o son ajenas a los orígenes del movimiento social en cuestión. Los movimientos sociales e históricos siempre tienen estructuras internas donde las diferenciaciones son muy precisas. Volveremos después también sobre ello.

La “nación” es antes que nada una categoría histórica. Los elementos históricos confluyentes en el nacionalismo son extremadamente complejos y diversos. Y lo que tenemos que destacar aquí de manera decisiva es que contemplado el asunto en la adecuada perspectiva, a fines del siglo XX, a la vista del rebrote actual de los nacionalismos, debemos hablar cuando menos de dos grandes concepciones del nacionalismo en la Historia contemporánea. La actual es claramente distinta de la del nacionalismo clásico de la época de la construcción de las naciones. Nada más luminoso que ese esfuerzo analítico que ha sabido ver la difícil doble cara que tienen las manifestaciones del nacionalismo. La Nación se nos presenta o se nos intenta presentar como la más *natural* de las realidades sociales y políticas y culturales en las que el hombre está inmerso. Pero la verdad es que el pensamiento sobre la nación es una cuestión llamativamente reciente. Fue Ernest Renan<sup>7</sup> el que introdujo un viraje decisivo en la idea de la nación: voluntad de seguir viviendo juntos, plebiscito cotidiano. Fue Renan el que introdujo ese elemento subjetivo, el elemento voluntarista y democrático en la concepción del nacionalismo. Pero parece algo abusivo hacer arrancar de Renan la distinción hoy bastante usada entre el nacionalismo político de larga data ligado a las naciones-Estado y el nacionalismo cultural.

Andrés de Blas<sup>8</sup> ha distinguido dos grandes grupos de teorías explicativas del nacionalismo: las que se basan en posiciones teóricas que barajan la *modernización* (Benedict Anderson, Ernest Gellner, por ejemplo) y aquellas otras que buscan los orígenes del nacionalismo en bases *ideológicas* (Elie Kedourie y I. Berlin). Anderson tiene una teoría interesante del nacionalismo como comunidad imagi-

<sup>7</sup> *Qu'est ce qu'une Nation*, Paris, 1892.

<sup>8</sup> A. DE BLAS GUERRERO: *Nacionalismos y naciones en Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

nada, mientras que Gellner considera el problema encajado en la evolución contemporánea de las sociedades y sus estructuras<sup>9</sup>.

Gellner ha procedido a desmitificar de forma notable, y a negar en algún caso, los grandes postulados del nacionalismo cultural. Comenta así que si las relaciones estatales hubiesen de coincidir con las particularidades culturales habría en el mundo tal cantidad de Estados que el mapa mundial sería enteramente irracional. Los Estados no tienen necesariamente que ver con las demandas nacionalistas, pero sólo ellos pueden realmente satisfacer éstas. Sólo el industrialismo está en condiciones de reconocer la necesidad de la nación. Las creadoras de la nación son, pues, las realidades y necesidades sociales y no los impulsos étnicos o lingüísticos. Gellner efectúa una dura crítica de los efectos de falsa conciencia que se manifiestan con harta frecuencia en las creencias y elucubraciones nacionalistas<sup>10</sup>. Según él, poco podríamos aprender del nacionalismo si creyésemos a sus profetas...

La idea de nación, en todo caso, no es concebible sin la idea correlativa de Estado. Las Naciones han nacido precisamente en el curso de la formación del Estado liberal contemporáneo. Por ello, la perspectiva de definir una Edad Contemporánea no se comprende sin la idea de nación, como tampoco sin la idea de Estado-Nación. La explicación ideológica del nacionalismo, que era la de Kohn y la de Carlton Hayes y en cierto modo la de Anthony Smith, sigue siendo, según A. de Blas, una orientación insustituible<sup>11</sup>. El nacionalismo tiene como núcleo la pretensión de que sólo puede fundamentarse una organización estatal sobre ese complejo cultural que es la nación. Ello era novedoso a comienzos del siglo XIX; hoy es un criterio que forma parte de la retórica política en toda la tradición occidental.

#### NACIÓN POLÍTICA Y NACIÓN CULTURAL

Cuando ya hemos introducido, al menos de nombre, los tres elementos sustentadores de toda teoría de la Nación, es decir la *etnia* y la *cultura*, la *Política*, y el *Estado*, sería el momento de intentar introducir, a su vez, una conceptualización que, como más adelante veremos, se ha convertido en clave del entendimiento de eso que llamamos *neo-nacionalismo* y que es también distinción que está resultando esencial en cierta polémica intelectual que hoy se desarrolla en España en torno al nuevo auge de los que se han llamado nuestros "nacionalismos periféricos". Me estoy refiriendo a la distinción establecida entre *nación cultural* y *nación política*.

<sup>9</sup> Véase una puesta a punto de las posiciones actuales sobre nacionalismo en J. G. KELLAS: *The Study of Nationalism in Europe: the state of the Art*, en BERAMENDI y otros (eds.): *Nationalism, o.c.*, vol. 1, 49 ss.

<sup>10</sup> GELLNER: *o.c.*, 161.

<sup>11</sup> En una cita rápida digamos que las obras aludidas son H. KOHN: *Historia del nacionalismo*; C. A. HAYES: *El nacionalismo, una religión*; A. SMITH: *Las teorías del nacionalismo*.

Andrés de Blas atribuye el origen de esa distinción al historiador y teórico alemán Frederick Meinecke. Se pretende que ella ayuda a orientarse mejor en la maraña complejísima de los nacionalismos de hoy en el Este y el Oeste y a comprender mejor su génesis. Si hablamos de un novísimo renacer del nacionalismo en el oeste, el centro y el este de Europa, en Cataluña, Flandes, Alemania, Eslovaquia, Países Bálticos, Georgia y Armenia, uno de los criterios orientativos para su comprensión es la aceptación que debe hacerse de que hay diversas concepciones de la Nación.

*Nación política* es una concepción que tiene en cuenta el hecho de que el proceso histórico que ha ligado a las Naciones y los Estados es claramente diferente del que pretenden hacernos creer ciertos nacionalismos. En efecto, para éstos la existencia de una nación es una realidad "política" que aboca necesariamente a la construcción de un Estado propio. Primero la Nación, luego, consiguiente e ineluctablemente, el Estado. Lo cierto es, sin embargo, que los Estados-Nación europeos no se han creado o montado sobre naciones claramente preexistentes. Según los nacionalistas, allí donde la Historia forja una Nación aparecerá su propio Estado. Pero lo que se desprende más bien del análisis histórico riguroso es que en muchos casos, casi todos, son los propios Estados los que *han creado* la Nación. Esta idea es de sumo interés y su toma en cuenta nos permite algunas clarificaciones de la historia española con respecto a los nacionalismos interiores. La nación política es esta construcción de la Nación en estrecha simbiosis con el Estado: la conjunción del Estado y la Nación.

El proceso de la nación política es el que cabe encontrar realizado también en las formas en que se han construido Estados nacidos de viejos países coloniales. Este nacionalismo no se corresponde con el particularismo étnico, es un nacionalismo a la medida del ciudadano, crea ciudadanos. Lo que ocurre es que este nacionalismo a veces es objeto de las exageraciones de los "primordialistas" que buscan remotos orígenes a las naciones o de los "modernistas" que asimilan siempre el nacionalismo al proceso de modernización. Los nacionalistas mitifican y mixtifican este proceso de la nación política, pero tampoco podemos reducirnos a convertir los viejos Estados en meros espacios jurídico-políticos desprovistos de todo contenido nacional.

*Nación cultural* es la idea de nación que partiría de Herder y Fichte. Pero es necesario que quede bien entendido lo que queremos decir con el empleo del término *cultura*. Como todos los autores que tratan de este asunto en un contexto como el que aquí nos acoge, empleamos el término cultura en sus más estrictas acepciones antropológicas y sociológicas. No estamos hablando, claro está, de las "manifestaciones culturales" del lenguaje ordinario, en el sentido del cultivo de las actividades intelectuales o artísticas, folklóricas o localistas. Estamos hablando de todo el aparato de comunicación verbal-lingüística, simbólica, de toda la codificación de reacciones ante el mundo, que crean los grupos humanos<sup>12</sup>. Mientras que

<sup>12</sup> Véanse dos precisas y nada convergentes exposiciones de este asunto. Una antropológica, la de L. A. WHITE: *La ciencia de la cultura. Un estudio sobre el hombre y la civilización*. Buenos Aires, Paidós, 1982. Otra de un filósofo de la ciencia, Jesús MONTERÍN: *Filosofía de la Cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

*etnia* es aún un concepto si cabe más complicado: es el encuentro de lo biológico y lo histórico, hasta el punto de que, a veces, se ha confundido la *etnia* con la *raza*. Pero *etnia* y *raza* son cosas suficientemente distintas.

Los románticos alemanes construyen la idea de nación esencialmente sobre la cultura. El caso de Herder y Fichte es paradigmático. Herder es un filósofo prerromántico que se manifiesta por el relativismo de las culturas. Contra la enajenación cosmopolita del siglo XVIII, Herder, opuesto en buena manera al racionalismo ilustrado, destaca sentimientos que empiezan en la valoración de la lengua alemana, pero trae también a colación valores universalistas. Fichte representa más bien el "nacionalismo orgánico" alemán. Su *Discurso a la Nación alemana*, de 1811, nos presenta a la lengua alemana como una lengua viva, mientras hay pueblos que tienen "sus lenguas muertas", de las que no puede surgir ninguna idea genial<sup>13</sup>.

Fichte es indudablemente el precedente de muchas ideas-fuerza que han sido después clave en el desarrollo del nacionalismo alemán, del nacionalismo romántico, y no conviene olvidar que la obra de Fichte era una reacción que reflejaba el trauma de la humillación infringida a la *etnia* alemana en las guerras napoleónicas. En cualquier caso, el paradigma fichteano en relación con la idea de nación cultural es bastante endeble. Fichte es un prerracista, desde luego, que está hablando de la fuerza expansiva de la nación, del impulso diferenciador y de la superioridad o inferioridad de ciertos pueblos. Su posición no es del todo encajable en el modelo del nacionalismo cultural más aquilatado y libre. La nación cultural se genera igualmente en la idea de que la cultura, así como la *etnia* y sus complejas manifestaciones, constituyen ya elementos suficientemente diferenciadores de los grupos y que esos elementos diferenciadores han de transcribirse necesariamente en una *identidad* que ha de ser respetada. Esta idea es tanto más interesante cuanto que el actual *neonacionalismo* se basa sobre todo en la idea de identidad.

Otra concepción es la de que las naciones culturales pueden surgir de hechos diferenciales producidos en el seno de un Estado preexistente que se atribuye a sí mismo el carácter de nacional: esto parece claro en ejemplos como el esloveno o en ideologías políticas como la de la Lliga del Norte en Italia. Tampoco quedaría fuera del modelo un caso como el de Cataluña; el "desarrollo diferencial" de ciertas regiones dentro de un Estado puede producir el surgimiento de nacionalismos. La nación cultural aparece como una movilización étnica que puede poner en marcha una *intelligentzia* nacionalista. Pero la *etnicidad* tiene, hasta cierto punto al menos, un carácter inventado, es decir, construido y, desde luego, mitificado<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> Tomamos estas consideraciones del libro citado de A. de Blas, para quien la lectura de Fichte resulta hoy casi insufrible. Véase del mismo autor *Sobre el nacionalismo español*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989 (Cuadernos de Debates, 15).

<sup>14</sup> Esta es la tesis que se mantiene, a nuestro modo de ver con gran lucidez, en un importante libro sobre el caso vasco, el de J. ARANZADI: *El milenarismo vasco (Edad de Oro, etnia y nativismo)*, Madrid, Taurus, 1983, especialmente en su cap. II. La mitificación del concepto de *etnia* como base del nacionalismo ha sido discutida por Aranzadi y por otros autores.

Muchas veces el nacionalismo no es sino el reflejo de estrategias de élites económicas. La movilización hacia el nacionalismo puede partir de hechos que poco tienen que ver con la etnia pero que acaban reclamándose de ésta. Hechos económicos, por lo demás, que pueden coincidir también con comportamientos diferenciales de los propios Estados preexistentes. Pueden cometerse reales “torpezas étnicas” que favorezcan el nacimiento de nacionalismos diferenciales, aunque por lo general tales “torpezas” estatales son de otros tipos, sobre todo las que le enfrentan a las aspiraciones de ciertas élites localizadas.

De Blas reconoce que esta distinción básica, que por nuestra parte creemos que recorre más bien el camino anterior de las diferenciaciones entre posiciones liberal/románticas o también revolucionarias/germánicas, se basa en *tipos ideales* más que en casos estrictamente descritos. Esta división tiene sus límites. Uno y otro tipo de nación pueden coincidir en el mismo espacio geográfico.

El fenómeno de los nacionalismos contemporáneos forma parte, en fin, de la “historia de las Naciones” desde el siglo XIX temprano y se agudiza, dando lugar a problemas básicos, entre la guerra centroeuropea de 1870 y la Gran Guerra de 1914. Los movimientos nacionales clásicos son los que conocemos en Alemania, Italia, los Balkanes, que en muchos casos se encuentran en el origen de esa Gran Guerra. La aparición de los nacionalismos en la Europa del liberalismo avanzado significó algo así como lo que significa hoy, en su contenido problemático, la construcción del, o de los, edificios supranacionales y supraestatales. No me resisto a ilustrar estos casos de los nacionalismos emergentes con dos precisiones anecdóticas sobre la historia del nacionalismo antiguo y reciente.

Primero, el dicho atribuido al *premier* británico en pleno siglo XIX Lord Palmerston. Según él, el problema de las nacionalidades en el espacio alemán centroeuropeo era tan endiabladamente embrollado que dio lugar a alguna tragedia; por ejemplo, el problema de los ducados de Schleswig-Holstein con los territorios reivindicados por Dinamarca o por Alemania era tan intrincado que nadie lo entendía; sólo cierto profesor de Hamburgo llegó a entenderlo, pero, decía Palmerston, se volvió loco acto seguido... De otra parte, un embrollo étnico como el de los Balkanes dio lugar al nombre de un postre famoso: la “Macedonia de Frutas”. Nadie podrá decir que aquello fue un episodio fugaz: trágicamente podemos hablar hoy de otras Macedonias allí mismo.

Es notable que esta primera fase de la historia de los nacionalismos en nuestro tiempo culmina con el hecho fundamental de la Gran Guerra. En torno a los problemas que en ella se dirimían, y a los que asimismo produjo, se han destacado las dos visiones estratégicas e ideológicas que del futuro de los movimientos nacionales mostraron hombres como el presidente Wilson, por una parte, o el líder bolchevique Lenin, por la otra. Ambos tuvieron al nacionalismo por una fuerza irrenunciable para el futuro y como uno de los restos en la organización de las relaciones entre naciones. Para Wilson se trataba de cómo crear un nuevo sistema de las relaciones internacionales. Para Lenin lo importante eran los nuevos resortes en

la liberación de las clases tradicionalmente oprimidas. Se trataba del “principio de nacionalidad” frente al “principio de autodeterminación”<sup>15</sup>.

#### LOS NEO-NACIONALISMOS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

La edad de oro del nacionalismo transcurrió luego en el periodo de entreguerras. El nacionalismo vino entonces a formar parte de doctrinas globales, como la del fascismo. Las ideas occidentales sobre las naciones, de cuño liberal, heredadas del siglo XIX, se vivieron en plenitud durante veinticinco años, más o menos. Siguieron creándose naciones, desde luego. Pero fue después de la segunda gran conflagración mundial, en los años de bipolarización del mundo que surgieron de ella, cuando se pusieron los cimientos de un *neonacionalismo*. Es evidente que el resurgimiento nacionalista que recorrió el mundo tuvo mucho que ver con el nacimiento de las naciones post-coloniales. La chispa se produjo en regiones de África y de Asia, desde el Mahgerb a la Insulindia.

En el nuevo nacionalismo tuvieron un importante papel el arabismo y el Islam, no menos que el marxismo-leninismo, forjando nacionalismos de imposible entendimiento en el Occidente europeo tradicionalmente colonialista, que estaban representados por Nasser, Ben Bella, Chu En-Lai, Sukarno o Tito. En un cierto momento, esta nueva historia el nacionalismo aparece, pues, estrechamente ligada al “Tercer Mundo” y al espacio socialista. Y en manera alguna puede extrañar que cuando las manifestaciones del neonacionalismo alcancen el corazón mismo del Occidente liberal-capitalista aparezcan ligadas a mimetismos, a forzadas comparaciones, con desarrollos nacionalistas en el Tercer Mundo. Así ocurre con los nuevos nacionalismos del Ulster o del País Vasco, parecidos al menos en esto aunque en no mucho más.

Precisamente en el Occidente, los viejos nacionalismos, en cuanto religión, habían sido sustituidos por la nueva mística del *desarrollo*. Y ésta, justamente, y sus dificultades, había llevado al nacimiento de fuertes corrientes hacia la “supranacionalidad”, a la culminación de los europeismos o pan-europeismos, de la tendencia a crear grandes agrupaciones supranacionales. Fueron los años cincuenta el momento del nacimiento de estas corrientes. De forma muy sintética, desde luego, podríamos señalar que la crisis del crecimiento económico a escala mundial, del crecimiento económico de posguerra, sin precedentes en la historia de la economía, tuvo mucho que ver con la aparición de los *neonacionalismos*. Seguramente también lo tuvo la crisis del Estado del Bienestar.

<sup>15</sup> Creo que no hay mejor exposición de la contraposición de las visiones wilsoniana y leninista a propósito de las estrategias mundiales sobre el fondo del nacionalismo que la que hace ARNO MAYER: *Politics and Diplomacy of Peacemaking. Containment and Counterrevolution at Versailles*, Nueva York, Knopf, 1969.

La crisis mundial de los primeros setenta da un primer toque de atención y las renovadas dificultades del final de los ochenta traen el nacionalismo a primer plano. Un nuevo nacionalismo, sin duda, que es el nacionalismo de la *identidad*. Para mí, personalmente, la percepción de lo que representaba este nuevo nacionalismo del “final de los Imperios”, fue algo que tuve ocasión de experimentar en una visita de 1988 a lo que todavía era la República de Georgia, en la URSS. En Tblisi —nuestra Tiflis en los textos escolares—, la maravillosa capital de aquel país que se reclamaba de su pasado helénico, en la pasión con que aquellas gentes nos mostraban y explicaban los monumentos de su antigua cultura, pudimos percibir la fuerza de la idea de *identidad*, y hemos podido entender después y ahora la tragedia de este pueblo inmerso en una de las crueles guerras nacionales y nacionalistas de nuestro tiempo. Pudimos percibir la pasión “identitaria” y su fuerza creadora. También, todo hay que decirlo, el perfil de su parcial irracionalidad.

La aparición de nuevos nacionalismos, o, mejor dicho, de nuevas maneras de formular los nacionalismos, es un hecho evidente que en manera alguna puede ser enjuiciado meramente desde el punto de vista de las estrategias políticas, de las conveniencias sociales y, menos aún, desde las valoraciones éticas. Esto no excluye que el nacimiento de un neonacionalismo pueda ser tenido como manifestación o síntoma de realidades y circunstancias que un juicio histórico sereno difícilmente podrá valorar de manera única. En la misma medida en que los sentimientos nacionalistas se tienen a sí mismos como síntoma de plenitud, el sentimiento no nacionalista puede tenerlos por un *particularismo* intolerable. Los nuevos nacionalismos pueden responder a desarrollos acumulativos, plenitudes sociales o madureces políticas, pero pueden significar también fracasos, insuficiencias, falsas soluciones de problemas reales, cambios y retrocesos en situaciones históricas dadas. Y es, precisamente, esta situación histórica de relativo *bloqueo* lo que aparece, a nuestro juicio, como el más perceptible trasfondo de los neonacionalismos.

#### RASGOS GENERALES DE LOS NEONACIONALISMOS

El estudio atento de los rasgos más peculiares de los nuevos nacionalismos en el último cuarto del siglo XX nos revelará un conjunto de connotaciones nada equívocas, extendidas en el tiempo y en el espacio, que dan una cierta homogeneidad a estos movimientos por debajo de sus localizaciones geopolíticas y sociales, pero que no todas ellas se muestran igual de explícitas. Unas connotaciones que pueden ser analizadas, bien por referencia a las formas clásicas de los nacionalismos, bien enfatizando las notas del nuevo estado social e histórico que reflejan. Los neonacionalismos pueden sentirse como una herencia del nacionalismo clásico o como una ruptura del mundo supranacional que parecería irreversible después de la segunda contienda mundial de nuestro siglo.

Intentemos sintetizar estos rasgos en unos cuantos puntos.

1. La *plurivalencia de los neonacionalismos*. Los nacionalismos tienen un primer rasgo que apunta aparentemente a su heterogeneidad. Unos son nacionalismos de desagregación de Imperios, como es el caso de los presentes en la extinta URSS. Otros son nacionalismos reverdecidos en el seno de antiguos Estados “nacionales” (“nacionalismos periféricos” o “nacionalismos interiores”). Dentro de este tipo pueden observarse, a su vez, dos subespecies: los que abocan a la ruptura de Estados que han surgido precisamente por reorganización previa de etnias afines: los casos más evidentes son los de las antiguas Yugoeslavias y Checoslovaquia. En otras ocasiones, las más típicas y frecuentes, se trata de un secesionismo, más o menos agudo, de una cierta parte del territorio de un Estado que no parece poder desembocar en la desaparición como tal del Estado preexistente: Escocia, Bretaña, Flandes, Milán, Estonia, Letonia y Lituania, Georgia, Armenia, Vasconia, Cataluña, Galicia, probablemente Quebec –aunque cabe clasificarla en el otro grupo– son los ejemplos más significativos. Existen, en fin, nacionalismos que pretenden agregaciones, nacionalismos de “reincorporación”, pero que son menos significativos y menos abundantes: Ulster, Alemania del Este, Moldavia.

Todas estas formas de nacionalismo son distintas de las del siglo XIX; o quizás no lo son tanto, pero se dan en un contexto histórico muy distinto. Son, por lo general, nacionalismos que tienen una fuerte carga histórica, que obedecen en su aceleración a la existencia de procesos diferenciadores dentro de los mismos Estados y todos ellos tienen una impronta de *nacionalismos identitarios*. Pero si este primer rasgo parece predicar una real heterogeneidad de estos movimientos, ¿cuáles son los rasgos más básicos y comunes de ellos? Veamos estos que siguen.

2. Los *contenidos etnicistas*. Estamos ante nacionalismos con más fuerte sentido “cultural” que nunca. La lengua, la raza, incluso la indumentaria (el chador). La Historia común, las formas de comunicación, la “singularidad”, la “particularidad”, son los extremos más comunes de la reivindicación nacionalista hoy. Estos nacionalismos no parten de la reclamación de una madurez política, sino de la de una diferenciación étnica, si bien todo ello como potenciador de la petición que nos presenta ya la existencia de la nación política. El neonacionalismo se presenta como mucho menos subjetivista y más pretendidamente fundado en la cultura. Según A. Smith, las naciones políticas han tenido que surgir siempre de un estrato originario etnolingüístico. A su vez, uno de los estudiosos del nacimiento del neonacionalismo, Milovan Hroch, ha insistido en las precondiciones sociales precisas para la aparición del nuevo nacionalismo<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> M. HROCH: *Social preconditions of National Revival in Europe*. Cambridge University Press, 1986.

Nos encontraríamos, pues, ante los elementos que constituyen la *nación cultural*, si aceptamos plenamente las posiciones de De Blas. El neonacionalismo sería así la plasmación del modelo de nación cultural. La nación de base etnolingüística. Pero podríamos decir también que si esos rasgos descritos son aplicables a los nacionalismos que se manifiestan en el mundo desarrollado occidental, difícilmente se corresponden tan unívocamente con los neonacionalismos del centro y el este. Desde luego, estamos ante el nacionalismo como defensa de identidades culturales en un mundo de tendencias absorbentes.

3. La *conexión entre nacionalismo, xenofobia y racismo*. A los observadores de estos nuevos nacionalismos no les ha pasado desapercibida la conexión explícita en ciertos casos entre el neonacionalismo y fenómenos sociales potentes pero más difusos como la xenofobia o el racismo. Quizás uno de los ejemplos más clarificadores de la preocupación de los intelectuales en relación con estas conexiones sea el que se mostraba en una conversación entre Jürgen Habermas y Adam Michnik en 1994<sup>17</sup> a propósito del caso alemán y la reunificación del país.

El diálogo comienza con el comentario de la caída del muro de Berlín en 1989. Habermas reconoce que a él le cogió por sorpresa como a otros muchos alemanes e intelectuales alemanes, a los que Michnik señala como poco interesados en la cuestión de la unificación. Adam Michnik y Bronislaw Geremek hacían prepropaganda en 1989, antes de la caída del muro, de las ventajas de la reunificación de Alemania. ¿Cómo ha repercutido ese acontecimiento en el nacionalismo alemán? Ha traído una oleada de xenofobia como muestran los ataques a los turcos, los vietnamitas y demás.

La unificación ha sido seguida de un nacionalismo xenófobo y ello se ha extendido a la Alemania del Oeste, cosa que Habermas entiende menos. Cómo en el oeste empezó a manifestarse antisemitismo y xenofobia es algo cuyas causas permanecen bajo la superficie. De hecho puede intuirse que la unificación no ha hecho sino potenciar algo que estaba latente: un nacionalismo agresivo en una nación en fuerte auge económico. A mayor o menor escala, esto pasa siempre. Michnik dice que la impresión que se recoge es la de una crisis de las sociedades multiculturales de la Europa del Oeste. El caso alemán no es único. Pero, dice Michnik, la xenofobia no es una forma de conciencia nacional. En Polonia hay minorías y no hay problemas.

La limpieza étnica tiene poco que ver con el nacionalismo, coinciden los interlocutores. Pero cuando existe la limpieza étnica tiene como precedente cuando la hay al nacionalismo. Lo que ocurre es que, a su vez, el nacionalismo tiene algo que ver con la posesión de la tierra, el reparto de los beneficios y las ayudas internacionales. Y, en el caso alemán, habría que reflexionar sobre si, siendo Alemania la tierra y cultura donde aparece el moderno nacionalismo romántico, la cuestión judía es allí algo más que una coincidencia.

<sup>17</sup> Transcrita en *The New York Review of Books*, marzo de 1994.

4. Las *precondiciones sociales y el nacionalismo interclasista*. Los nuevos nacionalismos han tendido a montar un aparato de prestigio y de legitimación de sus movimientos por el sistema de hacer de estos un fenómeno “popular”. La demagogia popular-nacional ha llevado rápidamente a la predicación de *interclasismo* para estos movimientos. Pero, como ya hemos sugerido en primera instancia anteriormente, no existen movimientos sociales verdaderamente interclasistas. A menos que tengamos por movimientos sociales de ese tipo la religión, el igualitarismo de géneros (o feminismo) y la adicción al fútbol... entre otros. O determinados movimientos de solidaridad, limitados, desde luego, que se dan en el mundo de hoy –el caso de *Greenpeace* u otros semejantes–.

Podría argüirse que existen efectivamente movimientos que no son de clase: los movimientos étnicos, de género, raciales. Puede mantenerse y de hecho se ha mantenido que tales movimientos existen y que se sitúan por encima de los movimientos de clase, es decir, son más generales, incluyen personas de toda condición social. Esto es verdad sólo aparentemente. Los movimientos sociales representan siempre *intereses*. El movimiento obrero, el feminista, el ecologista, los nacionalismos también, la desobediencia civil, la objeción de conciencia, representan siempre intereses. Si admitimos que las sociedades contemporáneas de una u otra manera se estructuran en clases, hay que admitir que la más sencilla base de las diferenciaciones de clase la constituyen precisamente los intereses; es intrínsecamente contradictorio con ello, por tanto, que haya intereses en los que que puedan coincidir todas las clases. Y el nacionalismo no quedaría, ni mucho menos, libre de esta contradicción.

Podría argüirse también que cosas como el nacionalismo no representan precisamente *intereses*. Esa es la visión que presenta al nacionalismo como una “religión”. Ello es verdad también aparentemente; por intereses hemos de entender la búsqueda por parte de individuos o grupos de bienes escasos en competencia con otros entes sociales que los buscan también. Puede haber bienes que interesen a varias clases, pero difícilmente habrá coincidencia en su posesión. Habrá bienes “no-materiales” en los que podrá darse alguna coincidencia, aunque ella tendrá siempre grados diversos. En todo movimiento social, o político, o político-social, hay quienes sólo participan y hay quienes los forjan y, por tanto, los dirigen. No hay duda de que a un movimiento pueden sumarse en determinadas condiciones históricas *fracciones de distintas clases*. Pero los movimientos sociales *nacen* en una determinada clase, en un determinado medio social<sup>18</sup>. Los movimientos sociales representan siempre el proyecto histórico preeminente de una clase social. El marxismo señalaría ya –como veremos después– que el pensamiento nacional es promovido por clases en situaciones históricas concretas. Lo que ocurre es que los

<sup>18</sup> El movimiento del “black power” no reunió en torno a sí a todos los negros americanos, sino a los negros de una determinada clase. Hay negros, por el contrario, y podríamos poner ejemplos bien ilustres, que se someten a costosos tratamientos para intentar cambiar el color de su piel, y que no participan en movimientos pro derechos de los negros.

movimientos de clase siempre son ideologizados como movimientos “populares” y “nacionales”. Y ello es lo que significa, por ejemplo, el reclamo de “pueblo trabajador vasco” en el lenguaje del nacionalismo radical vasco y ninguna otra cosa más. Una clase ha de convertirse en *clase nacional*, si quiere ver imponerse su proyecto histórico. Esta necesidad de conversión en clase nacional la tenía perfectamente asumida Lenin cuando establece que el futuro del proletariado pasa por convertirse en clase nacional. ¡Y es que ese es justamente el origen de lo que se llamaron burguesías nacionales! Y es por ello que las burguesías constructoras de las naciones han tendido a identificarse ellas mismas con las naciones. Toda clase dominante se convierte en clase nacional, dicen Marx y Engels.

En esto sí que coinciden el viejo y el nuevo nacionalismo. Ambos son proyectos de hegemonía de clase. Los líderes de los movimientos nacionalistas y los cuadros de esos movimientos tienen siempre una adscripción de clase transparente. Sus seguidores pueden tenerla menos. Los viejos y los nuevos nacionalismos son empresas de la burguesía. Y cuando la burguesía que lleva esa empresa adelante es débil o es una burguesía reciente nos encontramos con casos como el vasco o el irlandés.

5. El *ejemplo extraeuropeo*. El proceso de descolonización de los años de la segunda posguerra en el siglo XX fue una fuente de nuevas cuestiones nacionales. En ello convergieron las acciones de las burguesías europeizadas de los países coloniales tanto como la influencia de las doctrinas marxistas de liberación colonial en plena época de la guerra fría. Un asunto controvertido propio para tratar en este momento puede ser, pues, el de pensamiento marxista sobre el nacionalismo.

Los austro-marxistas –Karl Renner, Otto Bauer–, Kautsky y Stalin, además de los propios escritos de Marx y de Lenin, son los autores de los textos aducibles a nuestro efecto. Modernamente, Pierre Vilar ha mostrado con claridad que en el *Manifiesto Comunista* se encara ya el tema nacional. El trabajador no tiene patria, pero ha de conquistar el Poder político, erigirse en clase nacional y constituir esa clase en nación. El pensamiento de Lenin sobre la autodeterminación y los problemas de la descolonización es también un hito importante del pensamiento marxista sobre la cuestión nacional, pero no podemos detenernos aquí en su exégesis. Bastará con decir que la imagen estereotipada de un marxismo originario preocupado de la cuestión nacional es incorrecta. Pero la relativización del pensamiento nacional por el marxismo está también clara. El pensamiento de Stalin, por ejemplo, lo indica así: “En diversas épocas, clases diversas se aprestan al combate y cada clase entiende la cuestión nacional a su manera. Por consiguiente, la cuestión nacional sirve intereses distintos en distintas épocas y adopta diversos matices conforme a la clase que la plantea y al momento en que lo plantea”.

El marxismo-leninismo tuvo una impronta en los movimientos de liberación de los países coloniales bien conocida. Burguesías de educación europea de tales países fueron los sujetos de nacionalismos peculiares. Más de uno de los movimientos neonacionalistas de la vieja Europa han bebido en fuentes ideológicas y tácticas originadas en esos movimientos extraeuropeos. Bastaría para probar-

lo con referirse a las influencias de hombres como Franz Fanon, Mao-Zedong, Ben Gurion, entre otros.

6. El *componente político*. La política, en todo caso, se incluye en los movimientos nacionalistas siempre. Los nacionalismos actuales tienen un alto componente político que no puede olvidarse, aunque no siempre quede en primer plano. Los movimientos secesionistas son vehículos a través de los cuales nuevos agentes sociales pretenden la conquista del poder político, al tiempo que expresan las singularidades culturales y los factores etnolingüísticos. No se puede creer, por ejemplo, en un nacionalismo vasco mero exponente de una cultura amenazada; surge en medios urbanos, medios sociales burgueses y de clase media y en momentos en que no hay amenazas reales. Parecen claros los ejemplos de los nacionalismos escocés o *quebeçois* como pruebas de situaciones donde unos grupos nuevos luchan por mantener posiciones socioeconómicas privilegiadas a través de transformaciones políticas en sentido "nacional". Los nacionalismos *periféricos* de los países desarrollados son movimientos que no se explican sólo en el terreno de las identidades culturales.

7. Los *nacionalismos mediáticos y la violencia*. Los neonacionalismos son difícilmente inteligibles hoy en su expansión y resonancia si no es por el uso abundante de los *media*. Ni el Estado-Nación ni los movimientos nacionalistas se conciben hoy sin un amplio uso de los medios de comunicación de masas. Un libro bastante completo de Philips Schlessinger ha tratado de este tema<sup>19</sup>. Según Schlesinger, los *media* tiene una acción esencial en dos cosas actuales y ambas se relacionan con el nacionalismo: la *violencia política* y las *identidades colectivas*. Es poco dudoso que los problemas de las identidades colectivas tienen hoy en muchos casos una estrecha relación con el desencadenamiento de procesos de violencia "nacionalista" de diversa índole.

Se ha mantenido también como tesis que "la violencia nacionalista es más propicia a presentarse en condiciones de similitud de identidad entre dos grupos que en condiciones de disimilitud cultural"<sup>20</sup>. En la medida en que el grupo que busca su identificación como nación tiene menos rasgos verdaderamente diferenciadores con respecto al grupo que se supone opresor, el desencadenamiento de una violencia étnica es mucho más probable. Una real y verdadera diferenciación entre tales dos grupos tiende a encontrar vías de solución muy distintas. La aplicación de esta forma de ver las cosas al caso vasco no deja de presentar vertientes máximamente sugerentes.

8. El nuevo *problema del Estado*. Es asunto clave en el neonacionalismo, a mi modo de ver, la naturaleza misma de la evolución de los Estados y de las formas estatales. La falta de un Estado capaz de afrontar y de hacerse cargo de unos rápidos cambios sociales, o la existencia de un Estado ocupando absorbentemente

<sup>19</sup> Ph. SCHLESINGER: *Media, State and Nation. Political Violence and Collective Identities*. Londres, Sage Pub, 1991.

<sup>20</sup> D. DONVERSI: *Violence and ethnic border. The consequences of a lack of distinctive elements in Croatian, Kurdin and Basque nationalism*. En J. G. BERAMENDI y otros (eds.): *o. c.*, 2, pp. 167 y ss.

espacios de la sociedad libremente actuante, son causas eficientes de la aparición de movimientos identitarios disociadores en ámbitos particulares de tales Estados. El acercamiento del poder a los ciudadanos, la potenciación de la participación en la vida política y en los grupos gobernantes en Estados con claros espacios diferenciados puede favorecer la mitigación de los enfrentamientos de origen nacionalista. Y esta es la clave misma de la significación y viabilidad de un Estado de las Autonomías, como se pretende en el caso español.

Si proyectásemos una visión de conjunto sobre estos siete rasgos señalados podríamos, tal vez, concluir que en los neonacionalismos se encuentran subyacentes siempre un par de problemas: el de la oposición de ciertos grupos contra una civilización uniformizante a ultranza como es la capitalista tardía; el de la significación, alcance y límites del Poder del Estado. Muchas veces los nacionalismos se levantan contra el poder del Estado como Leviatán, contra el Estado máquina fiscal y el Estado opresor. Otras veces contra la inexistencia misma de un Estado eficiente. Frente a ello se busca el Estado benefactor, identitario, con dilución reglada de su poder.

El problema puede metamorfosearse así, en cierto modo, en la búsqueda de respuesta a la pregunta ¿qué Estado, en definitiva, en la época de los Superestados? La aparición de nuevas élites políticas, la crisis real del Estado-Nación surgido en el XIX, la marcha hacia los superestados, son, pues, elementos propiciadores de la aparición de neonacionalismos. La crisis del Estado-Nación es un diagnóstico que ha sido emitido muchas veces desde que comenzaron los grandes procesos de integración supranacional a mediados del siglo XX y se ha acelerado después hasta el comienzo de los años noventa<sup>21</sup>. En lo que nunca se han puesto de acuerdo los observadores es en el verdadero alcance de tal crisis, propiciada por un nuevo Derecho, por la práctica de políticas conjuntas supranacionales y, dentro de los Estados mismos, por el desafío de algunas de sus comunidades. El problema en el interior de los Estados está siempre relacionado, desde luego, con profundas transformaciones en la sociedad.

Las Naciones y los Estados a fines del siglo XX distan mucho de parecerse a esas mismas realidades e instituciones un siglo, o, aún más, dos siglos antes, cuando entran en la Historia las dimensiones creadoras y conflictivas a un tiempo de la relación entre Nación y Estado. El problema de esa relación, sin embargo, vuelve a estar vivo, aunque se presente también con connotaciones nuevas. En el Viejo Mundo, la oleada del nacionalismo se ha propagado abarcando tierras desde Galicia a los Urales y desde Irlanda a Georgia; desde Sri Lanka a Turquía y desde el Mahgreb a Mongolia. Estaríamos locos si no prestáramos una seria atención a esta llamada. Hay un reverso claro, una alternativa, del movimiento que hasta ahora nos había parecido irreversible: el de la uniformización de la civilización. Y hay otro reverso de algo no menos importante: el reverso de unos poderes que cada

<sup>21</sup> G. JÁUREGUI: *La Nación y el Estado nacional en el umbral del nuevo siglo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990 (Cuadernos y Debates, 24), Introd.

día son más discutidos en cuanto se presentan como fuerzas alienadoras, marginalizadoras de grupos, de clases, de razas y de etnias. Poderes omnímodos, sutil o brutalmente expansivos.

#### EL SIGNIFICADO DE LOS NACIONALISMOS EN ESPAÑA

Es, sin duda, el momento ya de dedicar unas consideraciones al caso español. Los neonacionalismos en España son en muchos casos prolongación de movimientos “clásicos” de nuestra época contemporánea, con un siglo cuando menos de antigüedad. Pero, globalmente hablando, la cuestión de los nuevos nacionalismos españoles se enraiza verdaderamente con la significación del régimen de Franco y con las peculiaridades de la transición a un Estado constitucional y a un sistema político democrático. En la transición posfranquista las aspiraciones de los nacionalismos interiores al Estado jugaron indudablemente un papel destacado. No en vano se presentó entonces como punto de referencia eficiente lo ocurrido en la primera democracia real en España, la de la III.<sup>a</sup> República, que había acogido entre los componentes de su sistema constitucional una resolución del problema de los nacionalismos regionales que en los años treinta tenía ya alrededor de medio siglo de existencia.

Ahora, de hecho, un cierto fenómeno de “competitividad”, o dicho propiamente, de crecimientos diferenciales entre regiones, o entre sectores socioterritoriales de un Estado unitario, ha propiciado el resurgimiento firme de movimientos señalados también por la característica común a todos los neonacionalismos de su reivindicación culturalista. Los crecimientos diferenciales potenciadores de los neonacionalismos han ejercido también influencias devenidas en *mimetismos* de unos ámbitos respecto a otros. Este es el caso español, pero el mismo efecto puede verse en los de las antiguas URSS y Yugoslavia.

Los neonacionalismos españoles es claro que tampoco pueden explicarse únicamente a través de las connotaciones propias del régimen franquista ni a partir de las referencias al periodo crucial: los años treinta. Es precisa alguna perspectiva más. En todo caso, la explicación de los neonacionalismos españoles no sería tampoco enteramente imposible teniendo como referencia el corto plazo de la España posfranquista, pero esa explicación sería incompleta. No tendríamos —no tenemos— más remedio que hacer entrar en juego la consideración de fenómenos o procesos más amplios y más antiguos. El primero de ellos la inexistencia de una verdadera revolución liberal-nacional de consecuencias decisivas, de realización completa, en nuestra edad contemporánea. La inexistencia, por tanto, de una burguesía “nacional” española. Existe el problema real de la dificultad o la incapacidad para la construcción de un eficiente Estado Liberal contemporáneo en España.

Somos conscientes de que la visión que predica la falta de un verdadero nuevo Estado liberal en España en la época en que esas entidades se crearon en la Europa

desarrollada no deja de ser polémica. Ciertos sectores del "progresismo" español quieren presentar la España contemporánea como dotada de un Estado suficiente y no distinto del de otros ámbitos del liberalismo europeo. Este progresismo actual ha pretendido incluso interpretar la España de la Restauración desde el presupuesto de que aquel régimen, el canovista, supo construir un aparato estatal presentable<sup>22</sup>. Esta interpretación choca claramente con visiones más críticas que explican mejor, sin duda, el mecanismo de nuestros nacionalismos interiores.

Desde el punto de vista "externo", en relación con su problemática general en el contexto del Estado, los neonacionalismos españoles están, y no parece difícil observarlo, en relación, con dos cuestiones esenciales: los desarrollos diferenciales entre los ámbitos de la Monarquía, desde el siglo XVIII en adelante cuando menos, y las peculiaridades de nuestro proyecto contemporáneo de Estado nacional. Los nacionalismos viables han sido, naturalmente, los de las regiones ricas, Cataluña y Euskalerría. Desgraciadamente, no podemos detenernos aquí tampoco como sería deseable en la apreciación de la eficiencia nacional de estos desarrollos diferenciales, de este distanciamiento histórico de unas regiones respecto de otras. La significación del Estado en este mismo proceso no parece tampoco que pueda ocultarse a nadie.

Yo suscribo plenamente la tesis de Borja de Riquer, que no es tampoco el primer autor en plantearla, aunque tal vez dando énfasis distintos a ciertos puntos de esa tesis, de que la aparición de los nacionalismos periféricos españoles tiene su principal origen en la falta de un verdadero Estado vertebrador en el siglo XIX<sup>23</sup>. Los motivos de esa invertebración son también muy complejos para exponerlos aquí. Pero desde un punto de vista opuesto no estaría de más recordar también la apreciación del clásico catalán, recogida por Jesús Pabón, que atribuía los orígenes del catalanismo a una convergencia de "arancel y poesía"<sup>24</sup>.

El hecho de que el "franquismo político" y en parte el sociológico han representado la continuación y la culminación de esa incapacidad de crear un Estado eficiente, sustituyéndolo por una dictadura centralista, y ahora con una sociedad industrializada, está en el origen de los nuevos nacionalismos. Me parece, por el contrario, poco consistente la posición de Andrés de Blas de que nos encontramos en España ante un caso claro de desarrollo específico y exclusivo de *nacionalismos culturales*. Sin duda, esta visión, que parece querer dotar de elementos beatíficos, y, de paso, descargar de problematicidad, a la realidad de los nacionalismos españoles más pujantes, se corresponde poco con la evidente presencia de fuertes ele-

<sup>22</sup> Hay incluso personajes, como el sociólogo Emilio Lamo de Espinosa, que nos han hablado de la "democracia" del régimen de la Restauración. Véase *¿Es democrática España?*, en *El País*, 9 de agosto de 1993. Este mismo "experto", y en ese mismo texto, omite por completo la democracia realmente existente en la II.<sup>a</sup> República.

<sup>23</sup> Borja de Riquer expresó estas ideas en una excelente Ponencia aportada al Primer Congreso de Historia Contemporánea, de la Asociación de Historia Contemporánea, celebrado en Salamanca en 1992. Luego ha publicado esas ideas en diversos artículos.

<sup>24</sup> J. PABÓN: *Cambó*. Barcelona, Editorial Alpha, 1952, vol. I.

mentos de *nacionalismo político* en estos mismos movimientos. Nos encontramos ante nacionalismos políticos, donde ese metafórico “arancel” —es decir, los diferencialismos económicos— tienen un papel fundamental en la reivindicación y donde aparece con nuevo énfasis la “poesía”, sin duda, la base étnica y la lingüística, un diferencialismo cultural en buena parte inventado.

Y ello se apoya además en otra de las más perspicaces observaciones que se han hecho sobre los nacionalismos españoles. Fue la de Julio Caro Baroja de que los nacionalismos en España se fundamentan en textos de segunda o tercera fila<sup>25</sup>. La apreciación provocó de inmediato las acostumbradas reacciones viscerales, incapaces de oponer racionalidad a racionalidad<sup>26</sup>. Los textos producidos por Sabino Arana son, por ejemplo, una comprobación incontrovertible de la justeza de la afirmación de Caro Baroja. Obras catalanas de cabecera para el nacionalismo podrían traerse también aquí a colación, como las de Prat de la Riba, *La nacionalitat catalana*, de 1906 o la de Rovira i Virgili *Nacionalisme i Federalisme*, de 1917. Pero es poco dudoso que estos textos resultan de cierta prestancia comparados con los que forman el *corpus* esencial de otros nacionalismos regionales españoles. La debilidad de esos textos no ha sido nunca obstáculo, sin embargo, para el fortalecimiento de nacionalismos y neonacionalismos. Porque, además, en el caso de los nuevos nacionalismos el apoyo se veía reforzado por ahora por tres nuevas dimensiones que vamos a considerar acto seguido: la del fracaso del modelo de Estado del franquismo, la del reforzamiento de los movimientos con la aparición de un nacionalismo radical supuestamente de izquierda y la del intento de nuevo modelo estatal a través del Estado de las Autonomías.

La primera de estas dimensiones es la de la inviabilidad de un modelo de centralismo como el que impuso el régimen de Franco. Centralismo claramente trasnochado, absolutamente ineficiente, que hizo muy poco por equilibrar en algún modo, por compensar, esos desarrollos diferenciales. Se trataba de un Estado oligárquico, ineficientemente burocratizado, con obsolescencia galopante de su máquina administrativa. El Estado del régimen de Franco no hizo sino reforzar poderosamente la tradicional increencia de la sociedad española en las virtudes de un Estado fuerte.

La segunda dimensión potenciadora es la aparición de un nacionalismo que se apellidaba a sí mismo de izquierda radical “trabajadora” y patriótica —*abertzale*, por más señas—. De ahí se derivado la rotulación de “nacionalismo vasco radical”<sup>27</sup>. De estos nacionalismos radicales no estuvo tampoco carente el movimiento catalanista, con ejemplificaciones como la de *Terra Lliure* y algunas otras. No lo estuvieron tampoco formas antiguas como el nacionalismo gallego, ni algunas entre lo serio y lo folklórico como la representada en el caso canario por Cubillo.

<sup>25</sup> Lo expresó en el curso de sus lecciones sobre *Las falsificaciones de la Historia* aparecidas luego en forma de espléndido libro.

<sup>26</sup> El caso del profesor Gurutz Jáuregui fue quizás el más patético, apoyando primero plenamente la afirmación y desdiciéndose acto seguido en la prensa.

<sup>27</sup> Es el título del libro de J. SULLIVAN: *El nacionalismo vasco radical, 1959-1986*. Madrid, Alianza Editorial, 1986.

En este sentido el caso vasco es el que presenta una mayor complejidad. En principio, el nacionalismo vasco parece representar una consecuencia de la existencia de una pre-nación, cuando menos, *cultural*. El nacionalismo vasco originario era ya una defensa ante la "invasión". El reciente nacionalismo que nace bajo el régimen de Franco es también la defensa de una identidad supuestamente amenazada, la reacción defensiva de una cultura en retroceso. Retroceso contradictorio que se relacionó antes y se potencia ahora con el propio desarrollo industrial. El nacionalismo primitivo se vistió del ropaje católico, tradicional, etnicista: el nuevo se ha reclamado además del socialismo. Pero ese reclamo del socialismo es un mecanismo de intensa ideologización como falsa conciencia. Es un rechazo de los agudos problemas que trae aparejados el industrialismo modernizador.

El desarrollo subsiguiente del neonacionalismo vasco no ha hecho sino demostrar cuán engañosa es esta presentación de un nacionalismo como de izquierdas, como liberador y anticapitalista, y cuán compleja relación tiene este supuesto izquierdismo con el desarrollo de la violencia política<sup>28</sup>. Es mucho más cierto que el fundamental desarrollo de la violencia en el nacionalismo radical vasco no tiene otra vía de explicación si no es su lectura según el modelo de los *procesos de fascistización*. De manera esporádica, periodística y siempre tímida, se ha acusado a la violencia de la Herri Batasuna y de ETA de ser una expresión "fascista" o proceder de un "movimiento nazi"<sup>29</sup>. Pero esa es la única lectura posible, contextualizada en los movimientos neofascistas, que puede hacerse hoy de este nacionalismo "radical".

Este análisis de fondo ni es, sin embargo, nuestro objeto aquí ni podríamos desarrollarlo con suficiencia. Hay, naturalmente, un nacionalismo vasco que puede proclamarse democrático, aunque no esté exento de connotaciones como la racista. No entraremos aquí en ello. Pero muchas de las claves del lenguaje nacionalista son comunes a las de los lenguajes autoritarios y totalitarios, el más prominente de los cuales es el lenguaje fascista. Del fascismo del pasado y del "fascismo que viene" como expresaba muy gráficamente el libro de ese título de Jacques Julliard.

La tercera dimensión en el nuevo panorama de los neonacionalismos en España es la iniciativa política para la creación de un nuevo modelo de equilibrio entre nacionalismos y realidad estatal como es el propuesto a través de la fórmula del Estado de las Autonomías. Y es probablemente la más compleja de todas y, con seguridad, la de mayor trascendencia. Algunos sostienen que la mejor aportación

<sup>28</sup> Aunque el caso de la violencia política en Euskalerría va contando ya con un volumen bibliográfico de cierta entidad es difícil encontrar tratamientos completos e "independientes" del asunto, con cierta base de rigor. Un ramillete de planteamientos a medias entre el ensayo y la crítica política puede encontrarse en J. ARANZADI, J. JAURISTI y P. UNZUETA: *Auto de terminación*. Madrid, El País-Aguilar, 1994, que recoge escritos anteriores de los autores.

<sup>29</sup> Quien con más seriedad ha expuesto esto, aunque sólo de pasada, es, a mi juicio, Jon Juaristi en el libro citado en la nota anterior, p. 136.

de este modelo es su singularidad, la apuesta original que representa a pesar de sus problemas<sup>30</sup>. El Estado de las Autonomías supone muchos acarreos históricos y una denegación del Estado-Nación o una fórmula que va más allá de él.

Es difícil mantener, sin embargo, que la fórmula sea suficiente por sí misma. No se puede crear un Estado Autonómico como el español sin modificar profundamente el alcance de los poderes locales, sin redefinir con claridad la relación entre poderes diversos. Y sin encontrar, lo que no es nada fácil, una respuesta a la demanda de derechos de autodeterminación. Es cierto que estamos ante una crisis del Estado centralista. Pero aún carecemos de un verdadero modelo de recambio. Pensar que tal recambio lo constituye el Estado Autonómico no podría caracterizarse de enteramente descaminado pero sí, al menos, de prematuro.

El Estado Autonómico se caracterizaría, según estas opiniones optimistas, como las expresadas por J. J. Solozábal, de modelo mixto, moderado, dinámico, dúctil e instrumental. Pero junto a ello, cabe señalar, al menos, unas cuantas contra-características que permitirían mantener opiniones menos entusiastas. Entre ellas, la de que ese modelo es propicio, y así lo ha demostrado, a la aparición de clases políticas, o élites, subalternas, no menos dependientes que antes del centralismo de los partidos en muchos casos, de menor preparación que en los escalones “centrales” y que pueden eludir con facilidad responsabilidad políticas graves. Este es el caso, por ejemplo, del desorden financiero de las Comunidades Autónomas.

El Estado Autonómico es exageradamente caro y las políticas de solidaridad interregional no representan sino un cerrar heridas en falso. El programa político de “acercar el Poder al ciudadano” puede, en muchos casos, no ser sino un señuelo mostrado por estos políticos subalternos, que de hecho acercarían realmente al ciudadano ineficacia, intereses de oligarquías locales y, en definitiva, insuficiencias. El Estado de las Autonomías se desvirtúa en una perenne ambigüedad, porque sigue considerándose un Estado nacional que ha roto, sin embargo, con el centralismo. Como muchas veces se ha dicho, el problema consiste en determinar dónde reside el equilibrio entre las aspiraciones autonómicas de espacios del Estado y la necesidad misma de mantener un principio de Estado. Esto es lo que comúnmente se expresa como la demanda de “un techo” para las Autonomías, que no siempre dejan claro los respectivos estatutos. La dinámica misma del proceso permite sospechar que el tratamiento de los neonacionalismos obligará a llevar las cosas un punto más allá de esos estatutos. Seguramente hacia fórmulas de Estado más acreditadas y menos ambiguas.

<sup>30</sup> J. J. SOLOZÁBAL ECHEVARRÍA: *El Estado autonómico como Estado nacional (Adaptabilidad y rendimiento integrador de la forma política española)*. En M. H. DA CRUZ COELHO, M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Slobodan PAJOVIC y otros: *Pueblos, Naciones y Estados en la Historia*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1994, pp. 171 ss.

## EL PORVENIR DE LAS NACIONES

En definitiva, el porvenir de las Naciones, de las nuevas relaciones del Estado y la Nación, es cosa a cuyo análisis se dedican muchos tratadistas actuales en las ciencias sociales y que preocupa a la Política activa. La consideración de mayor grado de generalidad sobre ese porvenir, puesto que sus presupuestos de análisis lo son también, es seguramente la que podemos encontrar en E. Gellner. Según él, el futuro del nacionalismo está ligado al futuro de la sociedad industrial. Y la cuestión fundamental reside en la pregunta acerca de la *cultura industrial*. ¿Una o varias culturas industriales? Lo cierto es que en la era industrial acaban sobreviviendo sólo las culturas desarrolladas. Las pequeñas se mantienen folklóricamente. Puede que haya una convergencia de las culturas. Si ello ocurre y son las capas elevadas, las más alfabetizadas, las que más se comunican desde culturas diferentes, el nacionalismo dejará de ser un problema.

La visión de Gellner vuelca su fuerza en lo antropológico, en la cultura. Pero no parece que en otros terrenos, como el político, las cosas puedan ser vistas con la misma claridad. La buena convivencia de culturas en el mundo puede verse ya. Ahora bien, siempre que las culturas verdaderamente diferenciadas puedan vivir separadamente tenderán a hacerlo; ninguna cultura se disuelve voluntariamente. Pero tampoco podemos entrever que se vaya hacia la incompatibilidad de las culturas, a la divergencia obligada, como gustan de creer algunos. La verdad respecto a todo esto se encuentra más o menos en el punto medio. La idea de la congruencia entre unidad política y cultural seguirá perviviendo. La sociedad industrial tardía, como ha dicho Tom Nairn, no engendra ya profundas brechas sociales que la etnicidad pueda rellenar y activar.

Crear al nacionalismo es un error grande, pero negarlo lo es también. Al nacionalismo le ha pasado como le pasó al primer pensamiento sobre la sociedad capitalista: se empeñó en decirnos que eso era lo "natural". Ahora los neonacionalismos intentan hacernos ver la necesidad ineluctable de que la Política esté en pleno acuerdo con la Cultura. Pero la relación entre política y cultura es mucho menos lineal y coincidente que lo que parecen creer los nacionalismos etnicistas. El neonacionalismo es, en todo caso, un producto de, y está perfectamente enraizado en, muchas condiciones sociales que son justamente las de nuestra época. En este sentido el dictamen de Gellner no puede ser más lúcido.

Las tesis de otro gran observador del problema, Eric Hobsbawm, son menos complacientes. El nuevo nacionalismo se diferencia del propio del siglo XIX en que aquél era una fuerza histórica constructiva de gran energía y futuro y el actual es negativo o en todo caso divisivo. Los neonacionalismos tienen demasiadas adherencias, demasiadas indiferencias, o riesgos de ellas, en relación con otros movimientos más típicos aún de nuestro momento. Por lo pronto, con todo tipo de *fundamentalismos* y no sólo con el islámico que es la relación que parece más palmaria. Los casos árabe o judío no son en forma alguna los únicos aunque sean los más notorios. Para Hobsbawm, los fundamentalismos son creencias y movimientos que tienen muy clara cuál es la alternativa a aquello que rechazan: sea el

texto sagrado, la vuelta a un estado anterior, o cosas semejantes. Mientras que los movimientos étnico-nacionalistas lo tiene mucho menos claro, no tiene orientación clara frente al futuro.

La zozobrante interpenetración también entre nacionalismos y formas agudas o atenuadas de *racismos* no es tampoco menos nítida. Pero mientras el caso del fundamentalismo tiene esos perfiles de alternativa que vemos, el racismo es puro rechazo, es hoy la actitud de los que poseen frente a los desposeídos. El nacionalismo racista y xenófobo viene a dar la razón, una vez más, a los viejos dictámenes sobre el nacionalismo como empresa de clase que hay quienes están empeñados en desacreditar, aunque hoy aparezca nítidamente.

En el neonacionalismo, y este es otro de sus componentes nuevos, no se encuentra hoy sólo la aspiración a la creación del Estado-Nación, sino que hay una profunda manifestación del problema de la identidad cultural de los grupos. Tal vez, en el mundo desarrollado al menos, el nacionalismo es una parte más general de la tendencia universal al particularismo, aún siendo esta afirmación paradójica. Todo el mundo quiere ser distinto. Una reacción universal frente a una tendencia universal también de las sociedades en el capitalismo tardío: la de la igualación cultural. La otra cara es el problema de la identidad colectiva. Es evidente que en la Europa Oriental se ha visto renacer mucho del problema y programa nacionalista de la Europa de Entreguerras. En la actualidad, más de la mitad de los Estados que existen en el mundo tienen menos de cuarenta años y, sin embargo, hay una tendencia hacia el “Estado de la disgregación”. El último de los grandes imperios multinacionales, el soviético, se desintegra definitivamente, y, como ha visto también lúcidamente Hobsbawn, ese imperio es el único que ha sobrevivido después de 1914. Gracias a la revolución de octubre ha durado tres generaciones más.

Las palabras de un viejo intelectual marxista de la talla de Eric Hobsbawn, con las que queremos terminar, por más que ciertos nuevos y pequeños augures de nuestro entorno quieran desprestigiarlo —por haberse equivocado en sus vaticinios sobre el comunismo soviético, por ejemplo— desde las páginas de nuestros diarios “progresistas” de gran tirada, presentan todos los visos de ser el más brillante de los diagnósticos sobre el nacionalismo de hoy<sup>31</sup>. Ese diagnóstico adquiere su importancia más decisiva por dos constataciones profundas y sabias: primero, porque los movimientos nacionalistas son menos fuertes de lo que parecen a primera vista; y segundo, y esto resulta mucho más importante, porque no pueden resolver ninguno de los grandes problemas de nuestra época.

<sup>31</sup> Puede verse a este efecto la lección inaugural dictada en el Congreso de Santiago de Compostela que antes hemos citado con el título *Nation, State, Ethnicity, religion: Transformations of Identity*, en J. G. BERAMENDI y otros: *o. c.*, I, 33 y ss.